

PABLO MARTÍNEZ DE ANGUIA

# HASTA QUE EL DIABLO DESCANSE

didaskalos literatura

14

Premio  
DIDASKALOS  
de novela  
2023



didaskalos literatura

PABLO MARTÍNEZ DE ANGUITA

# HASTA QUE EL DIABLO DESCANSE

*Historia de dos revoluciones  
en Nicaragua*



*Imagen de cubierta:* Gardabarrancos, ave nacional de Nicaragua,  
ilustrados por Paula Martínez de Anguita.

*Primera edición:* noviembre 2023

© Autor: Pablo Martínez de Anguita

Impreso en España. Printed in Spain

Depósito legal: M-32230-2023

ISBN: 978-84-19431-25-7

Maquetación: Juan Carlos Adame Alonso

Impresión y encuadernación:

Editorial Didaskalos

Valdesquí 16, Madrid 28023

[www.editorialdidaskalos.org](http://www.editorialdidaskalos.org)

Queda prohibida, salvo excepción, prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionada puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal).

*“Mi obra no tiene dueño, será siempre la familia de todos los niños huérfanos que necesiten ampararse”.*

(PADRE FABRETTO)

*Para Vicente, Josefana, Gertrudis, y todos los niños del Padre Fabretto. Para toda Nicaragua, para que conozca su historia y la de su Padre.*

# Índice

	<i>Págs.</i>
PRÓLOGO .....	11
HASTA 1949.....	13

## LA DÉCADA DE LOS CINCUENTA EL COMIENZO DE UNA REVOLUCIÓN

1950: GRANADA.....	21
1951: LEÓN .....	29
1952: SOMOTO .....	41
1953: LA COMUNIDAD INDÍGENA DE EL CARRIZAL .....	53
1954: SAN JOSÉ DE CUSMAPA .....	63
1955: LA TROCHA .....	71
1956: EL MAESTRO POPE Y LA FAMILIA FABRETTINA .....	81
1957: LA VIDA EN LOS ORATORIOS .....	93
1958: AQUILEO APRENDE A SER MAESTRO .....	103
1959: UN LUGAR EXTRAORDINARIO .....	111

## LA DÉCADA DE LOS SESENTA LOS MUCHACHOS

1960: GERTRUDIS.....	121
1961: MACARIO .....	127
1962: MARÍA ELENA .....	135
1963: JOSEFANA .....	143
1964: BAYARDO .....	149
1965: VICENTE .....	157
1966: MONCHO .....	163
1967: MANUEL.....	169

	<i>Págs.</i>
1968: TRINIDAD . . . . .	175
1969: NORA . . . . .	181

**LA DÉCADA DE LOS SETENTA**  
**TIEMBLA NICARAGUA**

1970: FIDELINA RELACIONISTA . . . . .	191
1971: UN EQUIPO DE CINE . . . . .	197
1972: UN DISPARO Y UN TEMBLOR . . . . .	205
1973: LA DECISIÓN DE GERTRUDIS . . . . .	211
1974: JOSEFANA, <i>CHAGINIADA</i> Y ENAMORADA . . . . .	215
1975: EL AMOR EN LOS ALBORES DE UNA GUERRA . . . . .	221
1976: SANTOS O COMUNISTAS . . . . .	227
1977: UN PRISIONERO ESPECIAL . . . . .	233
1978: EL ACCIDENTE . . . . .	239
1979: EL ÉXODO . . . . .	251

**LA DÉCADA DE LOS OCHENTA**  
**UN PUEBLO EN LA CRUZ**

1980: EL TRIUNFO DE LA REVOLUCIÓN SANDINISTA . . . . .	265
1981: LA ENFERMEDAD DE NICARAGUA . . . . .	279
1982: GERTRUDIS ENTRA EN COMBATE . . . . .	291
1983: EL PAPA VIENE A NICARAGUA . . . . .	303
1984: EL EJÉRCITO SANDINISTA RECLUTA CHAVALOS . . . . .	317
1985: HUIR O MORIR . . . . .	329
1986: LA GUERRA SUCIA . . . . .	345
1987: LA GUERRA FRÍA . . . . .	361
1988: ¡TODO LO SALVA LA PAZ! . . . . .	375
1989: EL FINAL DE DOS REVOLUCIONES . . . . .	387

	<u><i>Págs.</i></u>
TRAS 1990 . . . . .	409
2017 – EPÍLOGO . . . . .	425
CRONOLOGÍA . . . . .	433
REFERENCIAS . . . . .	439
AGRADECIMIENTOS Y TESTIMONIOS EMPLEADOS. . . . .	443
SOBRE LA HISTORIA DE ESTE LIBRO . . . . .	445

---

## Prólogo

Esta es la historia de unos niños, de un padre, de una comunidad, de un país, de un planeta, de un diablo y de un Dios, durante la segunda mitad del siglo XX.

Esta novela cuenta la historia de unos “chavalos” que se toparon con una persona excepcional, de un padre que les devolvió su infancia, de una comunidad que les acogió con sus brazos abiertos a ambos, a un padre extranjero y a unos niños huérfanos que nadie quería, y todos juntos se convirtieron en un pueblo, un pueblo de un país que fue víctima de una guerra que estalló como uno más de sus volcanes. Esta es la historia de un mundo entero que vivió enfrentado en dos bloques, y de un diablo que lo dividió, y de un Dios que nunca abandonó a sus niños en medio del dolor de las guerras, y les envió como testigo de su amor a un padre.

Esta es la historia más verdadera jamás contada de dos revoluciones en Nicaragua, una pidió justicia y otra sembró ternura, y de dos guerras, una fría y otra sucia. Esta es la historia del padre Rafael María Fabretto y su tiempo en Nicaragua tal y como la vivieron sus hijos.



---

## Hasta 1949

Doña Salvadora Debayle nunca quiso preguntar lo que hacía su marido cuando bajaba al “cuarto de costura”. En el fondo lo sabía demasiado bien. Y lo había interiorizado en esa parte gris del cerebro que evita distinguir el blanco del negro, o más bien en aquella que impide ver el negro.

—¡Tacho!, ¡por favor, date prisa! —le gritó desde el comedor de palacio—. En media hora nos esperan en la embajada de los Estados Unidos para el cóctel en honor al tío Víctor, y no le gusta que llegues tarde.

—¡*Darling!*, la embajada está a la vuelta de la esquina... será solo un momento — gruñó molesto el general atravesando la puerta que ella nunca se atrevería a cruzar.

Aquellos dos edificios estaban tan juntos como ligados. A pocos minutos de la embajada se hallaba el palacio presidencial en Managua, construido en la Loma de Tiscapa, en el que Tacho y su familia seguían instalados a pesar de haber dejado la presidencia del país unos años antes al tío de doña Salvadora, por supuesto con la aprobación de los Estados Unidos. Aquella residencia del jefe de Estado disfrutaba de unas magníficas vistas sobre la lagunita volcánica sobre la que se alzaba desde que el presidente José María Moncada la inaugurara en 1931. Era aquel un edificio blanco de soberbias dimensiones para Nicaragua, de escalinatas y barandas dispuestas para presidir desde lo alto desfiles militares, pero también para mantener una posición militar estratégica en caso de ataque y dominar

desde él toda Managua. Y quizá no solo Managua. Toda Nicaragua. Un país que contemplaba mudo cómo aquel dictador se quedaba con los bienes y las tierras del Estado, las de sus familias y las de sus amigos. Quince años después de que las fuerzas de ocupación estadounidenses se retiraran del país de los volcanes, quedaban sus dos legados: el dictador y su temible —y tan cruel como él— Guardia Nacional Republicana para sostenerlo en el poder impidiendo cualquier disidencia. Mientras, la mayor parte de la población se dedicaba a sobrevivir y su escasa clase media y aún menor clase alta, liberal y crítica con la dictadura, había dejado de hacer oposición. Algunos habían comenzado incluso a marcharse.

Atrás quedaban aquellos días en los que Sandino, el hijo ilegítimo y abandonado de un rico caficultor de Niquinohomo y su sirvienta, con treinta hombres y cuarenta rifles, inició una guerra nacional contra el invasor estadounidense en Masaya, la vecina ciudad rebelde a Granada. Atrás quedaba aquella invasión así como la retirada de los americanos, pero también el asesinato de Sandino en 1934 a manos de la Guardia Nacional de Somoza que abrió las puertas a su dictadura, sostenida desde el vecino del norte. El grito de guerra “patria libre o morir” frente al Capitán Gilbert D. Hatfield del Cuerpo de Marines de los Estados Unidos, en 1927 en respuesta a la solicitud de entregar las armas, era tan solo un recuerdo de aquellos tiempos heroicos de lucha contra los Estados Unidos. Una historia bonita, sí, pero de un pasado que no podía despertar sin enfrentarse al “cuarto de costura”.

El palacio presidencial estaba repleto de ventanales y arcos de herradura arabescos. Tenía sabor a *novecento* decadente italiano. No podía ser de otra manera, pues su arquitecto, Mario Favilli, originario de Pisa, se había inspirado en las conquistas italianas de comienzos de siglo en Libia. Y fruto de esa amistad con Italia, y especialmente de la que mantuvo Anastasio Somoza García con su homólogo italiano Benito Mussolini, quedaba la tanqueta “Aracely” en el costado del palacio. Su amplia escalinata de mármol de Carrara, sus leones custodios, los azulejos españoles o la galería de entrada con sus arcos moriscos daban la impresión de estar en uno de esos cuentos de *Las mil y una noches*. Hasta que uno cruzaba la puerta de aquel “cuarto de costura”.

Y junto a aquel ostentoso palacio centroamericano que protegía al dictador de un mundo de miseria y hambre, se hallaban la fortaleza del

Hormiguero, la academia militar, el hospital militar, y el casino militar, todos ellos en la avenida Roosevelt, antaño la avenida Central, rebautizada así en 1945 para celebrar la victoria de los aliados en la Segunda Guerra Mundial. Y pocos metros más allá, la Oficina de Seguridad Nacional, los cuarteles de la Guardia Nacional, la colonia militar en la que vivían los hombres de confianza de Anastasio Somoza y, por fin, la embajada de los Estados Unidos.

En aquel palacio había tenido lugar la última cena de César Augusto Sandino con Anastasio aquella fatídica noche de 1934 en la que, tras acordar la paz, Tacho ordenó asesinarlo a la salida. Sus paredes habían sido testigos mudos de cómo aquel hombre corpulento, nicaragüense con acento inglés de Philadelphia, que ahora se disponía a atravesar el “cuarto de costura” le había dado un golpe de estado al presidente Sacasa en 1936, y otro en 1947 al presidente Argüello Barreto a solo veintiséis días de haber tomado posesión de su cargo ¿Cómo iba alguien a impedirle instalarse en su palacio por mucho que ahora no fuera él el presidente de su país?

—¡Por favor... no te ensucies el traje! —le advirtió doña Salvadora queriendo no recordar las manchas de sangre que a veces aparecían en su ropa tras las visitas al “cuarto de costura”— o llegarás tarde a la fiesta de tío Víctor. Y ahora él es el presidente.

Aquella frase terminó de irritarle. ¡Dejas a un familiar figurar por un tiempo como presidente del país y ya se cree algo!

—¡Va siendo hora de volver al poder! —masculló cerrando tras él la puerta de aquel sótano donde todo Nicaragua, incluida doña Salvadora, sabía que el diablo había instalado su cuartel general.

\* \* \*

Aquella mañana de noviembre de 1949, América se metió en el corazón y en los pulmones de Rafaele María Favretto según desembarcó en el puerto de Veracruz, México. El aroma a vida, cálido e intenso que le impregnó se le quedó allí para siempre, aunque como buen veneciano nunca iba a olvidarse del frescor y los pinos de sus montañas.

El recién ordenado sacerdote Favretto puso un pie en tierra y dio gracias a Dios por haberle permitido llegar hasta América y comenzar a

cumplir su aventura humana. Aquel aire era tan apasionante como cálido. Había pedido ser destinado a evangelizar indígenas en Argentina y, aunque él todavía no podía saberlo, el destino quiso que, en lugar de hacerlo en la pampa, llegara a encontrar un poquito de su fresco terruño veneciano en lo más alto de Nicaragua. Allí le enviaría el obispo de la diócesis de León, Oviedo de Reyes, años más tarde celebrar misa en las montañas. Y allí se enamoraría del valle de El Carrizal, ubicado junto a los acantilados desde los que la visión alcanza el océano Pacífico, un lugar lleno de aquel aroma a vida tropical, pero con sierras, pinares y robledales como los de sus montes dolomitas en el norte de la provincia de Vicenza, en los Alpes orientales en los que se había criado. Pero esto pasaría años más tarde...

Tras la Segunda Guerra Mundial, el papa Pío XII había considerado necesario volver a reforzar la presencia misionera de la Iglesia en Centroamérica con jóvenes sacerdotes. Rafael María Favretto Michelli tenía veintinueve años, de los cuales los últimos seis los había dedicado a formarse en el Seminario de San Antonio de Padua en Venecia. Había venido a este mundo un 8 de julio de 1920, en una pequeña aldea veneciana llamada Fossò. Su padre Atilio Favretto, recorría en bicicleta los pueblos que rodean la laguna de Venecia vendiendo telas, y su madre, Epifanía Michelli, de quien sin duda heredó su inmenso afecto por la infancia, era maestra de Primaria.

Era el menor de cuatro hermanos y su niñez había transcurrido en el seno de una familia sencilla, pero con fervor religioso, a veces ayudando a su padre, otras en clase con su madre como maestra y en cuanto tenía un rato, pegándole patadas a un balón, primero con sus amigos de Fossò, y luego cuando se mudaron, en Zungliano y Thiene, donde entró a su primer seminario, en la provincia de Vicenza, en el Véneto interior. En aquel ambiente cristiano y de trabajo, unido al afecto y apoyo que recibió en su ambiente familiar y social y a su educación en el colegio salesiano de Schio, Raffaele desarrolló su vocación sacerdotal, y especialmente su devoción por San Juan Bosco. Durante la Segunda Guerra Mundial marchó a Trento para compaginar sus estudios con el acompañamiento de jóvenes en la ciudad de Pordenone. Y finalmente, un 3 de julio de 1949, fue ordenado sacerdote en el Santuario de Santa María del Monteortone, en Padua, dentro de la congregación salesiana de don Bosco a quien tanto admiraba. Aquel mismo año, queriendo emularle, escogió ser misionero

y solicitó a sus superiores ser enviado con los indios bororo en Argentina, pero al acabar aquel verano, se le comunicó que sería El Salvador el lugar elegido para comenzar su vida sacerdotal como educador salesiano. Así, pues, agradecido y emocionado, intentando hacerse entender en italiano, buscó en Veracruz la forma de tomar un autobús que pudiera llevarle a El Salvador, donde debería empezar a aprender español.

Unos días más tarde, llegó a Santa Tecla, junto a la capital salvadoreña, como joven misionero dispuesto a trabajar en las obras de la congregación salesiana. Allí iba a conocer a otro joven sacerdote nicaragüense que, como él, iba a desarrollar un rol esencial en el devenir de los acontecimientos de Nicaragua, el también salesiano Miguel Obando y Bravo, que con el tiempo se convertiría en la máxima autoridad eclesial del país, el cardenal de Managua, y que desarrollaría un papel especialmente difícil durante la guerra civil. Pero no adelantemos acontecimientos. La historia de Nicaragua es como uno de sus puros de Estelí, se ve su lumbre al final y se huele un aroma intenso y agradable, pero dentro de cada cigarro hay una mezcla de hojas que conforman su tripa, y cada una tiene su historia y su sabor. Y solo tras haber fumado muchos, uno puede llegar a comprender todas las capas que esconde, desde las más amargas a las que te dejan un sabor dulce a maní en el paladar.

En 1949, el mundo acababa de terminar su segunda guerra y parecía en calma. No había pasado ni un año de su llegada a Centroamérica cuando el 13 de marzo de 1950, los padres Fabretto y Obando partieron hacia Nicaragua. El camino no tenía pérdida. Ajeno al primer ensayo de bomba nuclear soviético, la creación del pacto de Varsovia o el bloqueo de Berlín occidental por las fuerzas prosoviéticas que marcaban el inicio de la que se llamaría la Guerra Fría, muy lejos del turbulento norte de Europa, el autocar recorrió la espina dorsal de los trece volcanes del Pacífico que discurren entre el Boquerón, en San Salvador, hasta el Motobombo, en Managua. Todos parecían dormidos.

LA DÉCADA DE LOS CINCUENTA

EL COMIENZO  
DE UNA REVOLUCIÓN

*Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres. Ellos entonces, dejando al instante las redes, le siguieron.*

(Evangelio de San Mateo 4,19-20)

---

## 1950: Granada

Cuando llegó a Granada, Rafael María Favretto Michelli era un alegre y apasionado sacerdote de 29 años en su primer destino: profesor del colegio salesiano de aquella hermosa ciudad. Por sus calles bulliciosas bajo el intenso azul del cielo, no solo sus alumnos iban y venían a clase. Desde el primer día le golpearon el corazón aquellos niños harapientos y sucios que deambulaban por las calles granadinas, sonriéndole algunas veces desde sus ojos profundos, pidiéndole limosna casi siempre o persiguiéndole para intentar venderle desde un trapo a una banana con la que poder llevarse unas monedas a casa.

Granada era entonces el centro cultural y económico de una Nicaragua en la que pretendía vivir con cierto lujo la escasa clase media que aún quedaba en el país. Era una ciudad de conventos e iglesias virreinales coronadas por la catedral de la Inmaculada Concepción en la plaza Central. Desde su campanario se podían divisar los vapores procedentes de la isla de Ometepe y las mil islas hijas que sembró la explosión del volcán Mom-bacho al occidente de su paseo marítimo sobre el lago. Y entre el volcán y las islas, una selva rezumante de verde que se extendía hasta besar el agua en sus playas claras. Granada era mucho más que la más antigua ciudad colonial de Nicaragua y, tras Panamá, de todo Centroamérica. Granada era la “Gran Sultana”, así llamada por su apariencia morisca, un testigo de excepción de la historia de Nicaragua desde que fuera fundada en 1524.

Granada era realmente la historia de Nicaragua desde aquella mañana de un 27 de febrero de 1523, en la que Gil González Dávila y sus hombres desembarcaron en la no muy lejana playa del Realejo en el Pacífico y tomaron posesión para la Corona Española de las tierras que pisaban por primera vez.

Cuenta el cronista español López de Gómara que, tras esta primera incursión en tierras nicas en la que el cacique Niqueragua le dio oro a Dávila y se bautizó junto con quince mil indios, los dos navíos fondeados en la costa pacífica regresaron a Panamá cargados de tantos tesoros que *“volvieron tan contentos los españoles que fueron con Gil González Dávila de la frescura, bondad y riqueza de aquella tierra de Nicaragua, que el Gobernador de Panamá, Pedrarias de Ávila pospuso el descubrimiento del Perú en compañía de Almagro y Pizarro, por poblarla, y así envió allá a Francisco Hernández de Córdoba con gente...”*.

Pero la alegría de Dávila iba a durarle poco. Grande debió ser el tesoro, pues Pedrarias, a la sazón gobernador general desde que ocupara su cargo en 1514 a los setenta y cuatro años de la “Castilla de Oro”, es decir, de los territorios del norte de Colombia a Nicaragua aún por descubrir, renegó de él dejando su ansiada conquista en manos de un hombre de mayor confianza, Francisco Hernández de Córdoba, quien comandaría la nueva expedición al frente de doscientos veintinueve hombres para conquistar aquella bella y rica tierra al norte de Panamá. El contrato de conquista firmado en la ciudad de Panamá el 22 de septiembre de 1523 estableció dos terceras partes para Pedrarias que *“había comprado los navíos, jarcias, negros y caballos”*<sup>1</sup> para la expedición, y un tercio para Hernández de Córdoba como jefe militar de la misma. La compañía se estableció por un periodo de dos años al final del cual deberían liquidarse los beneficios.

Aquel año de 1524, los dos grandes volcanes nicaragüenses Masaya y Momotombo entraron en erupción ante los atónitos ojos de los españoles que, bajo el mando de Hernández de Córdoba, fundaban Granada, la primera ciudad de aquella tierra nicaragüense a los pies del tercer volcán,

---

<sup>1</sup> El contrato continúa *“los navíos e jarcias e negros e caballos juntamente con otras cosas que se vendieron en la almoneda de la armada e Andrés Niño su piloto mayor por precio e cuenta de mil pesos de buen oro”*.



el Mombacho, más benévolo con ellos, como si con aquellas explosiones quisieran presagiar el futuro que iba a traer la colisión del mestizaje de dos pueblos tan distantes como el español y el niquirano, de origen nahua, asentado en las llanuras volcánicas, junto al lago Cocibolca.

Y, sin embargo, aunque las culturas fueran lejanas, las preguntas más profundas de ambos pueblos no eran tan distantes. Un año antes, cuando Gil Dávila no lejos de Granada se encontró por primera vez con el cacique de aquellas tierras, Niqueragua —según recogen las crónicas del tesorero real Andrés de Cerceda— éste le preguntó al español si “*había escuchado hablar de un gran diluvio que acabó con la humanidad, si volvería Dios a naufragar la tierra, ¿qué sucedía después de la muerte?, ¿cómo se mueven el sol, la luna y las estrellas?, ¿a qué distancia se encuentran?, ¿cuándo dejarán de brillar?...*” Dávila no pudo regresar para dar respuestas al cacique, pues se vio obligado a escapar de Pedrarias apodado *Furor Domini* (“Ira de Dios”) por su crueldad con los indígenas y su ambición desmedida, y hubo de refugiarse en Santo Domingo. Pero los españoles llegados a su mando sí le dieron su respuesta, como relata el cronista Oviedo: “*El capitán Francisco Hernández, teniente general del gobernador Pedrarias Dávila, y muy su acepto y querido, fue por su mandado a Nicaragua, donde se dio muy buena maña, yero gentil y hábil poblador. Este fundó las ciudades de León y Granada, con sendas fortalezas en la costa de la gran laguna, y repartió y encomendó los indios a los pobladores cristianos*”. Pero el reparto de indios y el trabajo esclavo no eran la repuesta buscada por Nicaragua, de modo que aquel mismo año comenzaría la primera rebeldía nicaragüense, con el cacique Diriangen al frente de los guerreros dirianes y nagrandanos.

No solo los españoles serían los únicos en entender la tierra nicaragüense como un espacio de conquista y sumisión. Trescientos años más tarde, tras el ocaso del imperio español, llegaría el tiempo de los conquistadores estadounidenses, los filibusteros, “cuerpos militares privados”, que al calor de la doctrina Monroe se amparaban en una de sus consecuencias para apoderarse de cuantas tierras lograsen al sur del río Bravo en México. Esta doctrina se basaba en el llamado “Destino manifiesto” y consistía en la creencia de que Estados Unidos estaba llamado no solo a expandirse desde el Atlántico hasta el Pacífico en el Norte “sino a extendernos por todo el continente que nos ha sido asignado por la Providencia [...], un derecho

como el que tiene un árbol de obtener el aire y la tierra necesarios para el desarrollo pleno de sus capacidades”<sup>2</sup>.

El más famoso de estos filibusteros, tristemente para Nicaragua, fue William Walker quien, tras fracasar en el intento de conquistar los territorios de Sonora y Baja California en México y crear su propia república, partió de San Francisco en 1855 dispuesto a conquistar Nicaragua aprovechando su guerra civil entre liberales y conservadores con cincuenta y ocho reclutas, a quienes les puso el nombre de “Los inmortales”.

Nicaragua, a diferencia de Sonora, sí era un bocado apetitoso para los Estados Unidos, interesado en los potenciales canales entre el Pacífico y el Caribe. Y Walker la conquistó. En julio de 1856, a la edad de treinta y tres años, se convirtió en Granada —la hermosa capital colonial— en el presidente de Nicaragua. Convencido de ser un instrumento divino para conquistar toda Centroamérica, consiguió lo que nunca lograron sus élites locales: unir por primera vez a los centroamericanos salvadoreños, costarricenses, guatemaltecos y nicas, pero, en este caso, para echarle. Así lo expresaría años más tarde el universal poeta nicaragüense Rubén Darío: “*La defensa contra el famoso yanqui ha quedado como una de las páginas más brillantes de la historia de las cinco repúblicas centroamericanas*”. Pero todas las victorias tienen un precio. Cortado el apoyo que le suministraban los estados sureños de Estados Unidos en 1857, Walker en su retirada arrasó Granada mandando dejar grabada una dedicatoria sobre sus ruinas impropia de quien fuera su presidente: “Aquí fue Granada”. Años más tarde escribiría sobre el porqué de la destrucción de aquella joya colonial. Su deseo era dañar lo más posible con ello a los nicaragüenses, pues ellos “*amaban a su principal ciudad como a una mujer, por la que al cabo de los años asoman las lágrimas a sus ojos cuando hablan de la pérdida de su querida Granada*”.

Ese mismo año fue recibido como un héroe en Nueva Orleans. Tras varios intentos de reconquistar Nicaragua acompañado de jóvenes gringos

---

<sup>2</sup> El origen del término “Destino manifiesto” se remonta al artículo “Anexión” del periodista JOHN L. O’SULLIVAN, publicado en la revista *Democratic Review* de Nueva York, en el número de julio-agosto de 1845. En él se decía:

El cumplimiento de nuestro destino manifiesto es extendernos por todo el continente que nos ha sido asignado por la Providencia, para el desarrollo del gran experimento de libertad y autogobierno. Es un derecho como el que tiene un árbol de obtener el aire y la tierra necesarios para el desarrollo pleno de sus capacidades y el crecimiento que tiene como destino.

ansiosos de aventuras y financiado por los esclavistas del sur, y tras una serie de historias de traición entre Estados Unidos e Inglaterra, fue apresado en Honduras y sentenciado a muerte.

Al igual que Dávila, siglos atrás, Walker había entrado en Nicaragua por El Realejo, y había contado con el apoyo financiero de su país para la conquista. En concreto tuvo el apoyo de los partidarios estadounidenses de la esclavitud del sur y de las grandes fortunas del norte que preveían grandes ingresos en su conquista, especialmente por cuanto un posible canal por el lago Cocibolca facilitaría el paso a California sin atravesar toda Norteamérica. Y al igual que Hernández de Toledo fuera gobernador en Granada durante dos años, Walker se “había hecho” presidente de Nicaragua en la misma ciudad durante similar periodo. Y del mismo modo que fueron los españoles quienes mataron a Hernández de Córdoba, dejando su cráneo a modo de farol para alumbrar a los transeúntes en la calle principal de León, fueron los aliados de Walker quienes le dejaron caer para ser fusilado en Honduras. La noticia de su muerte, como debió suceder con la de Hernández de Córdoba en España, fue recibida en Estados Unidos con indiferencia.

Pero los que no habían quedado indiferentes eran los centroamericanos. Esta vez había despertado en ellos el nacionalismo, especialmente el nicaragüense, unido desde su origen a un sentimiento de furia antiestadounidense. Y con él nació el término de América Latina como reivindicación identitaria y manifiesto político. Si el vecino del Norte se quedaba para sí el nombre del continente, los centroamericanos se iban a definir precisamente por lo que les diferenciaba de él.

Pero en aquella tarde luminosa y tropical, camino del colegio salesiano, ese latido histórico permanecía oculto para aquel sacerdote italiano que recorría las calles empedradas bajo los arcos coloniales de la plaza mayor de Granada protegiéndose del sofocante sol. Sus pensamientos estaban muy lejos de la historia de la ciudad y muy cerca de su presente.

“¿Qué habría hecho don Bosco si estuviera aquí y ahora?”, meditaba. Aquellos niños no tenían quien les cuidara.

Por ello poco a poco fue tomando forma en él una opción radical. La misma que la del fundador de la orden salesiana cuando se encontró con un niño sufriente de la calle en Turín que estaba siendo sacado violentamente de una sacristía. Del mismo modo que don Bosco defendió a aquel

muchacho, se interesó por su vida y lo acogió al descubrir que estaba abandonado, sin estudio y sin religión, el padre Favretto empezó a intuir que debía rodearse de aquellos muchachos marginales que invadían las calles de Granada y, a decir verdad, todos los rincones de Nicaragua, y darles algo más que una limosna o un rato de deporte en el oratorio salesiano.

Ese mismo año partió al congreso de su orden en Panamá y presentó una ponencia: *¿Cómo enseñar el catecismo a los niños del oratorio?* La respuesta que Favretto quería dar era la misma de don Bosco: estar con los “chavalos”, acompañarlos, quererles y cuidarles. Y para eso estaba dispuesto a hacer las mismas actividades que inició su fundador: educarles en la formación sacramental y enseñarles algún oficio que pudiera ayudarles a valerse por sí mismos. Estaba claro que Nicaragua necesitaba muchos oratorios salesianos en los que a imagen de san Juan Bosco, hombres y mujeres adultos se dedicaran a trabajar con los chavalos. Su misión — empezaba a intuir el padre Favretto— debería ser dar de comer a todos aquellos niños y jóvenes hambrientos y pobres, enseñarles a ganarse la vida, así como mostrarles la fealdad del pecado y la belleza de la virtud.

Sin embargo, había una limitación. La obediencia a la orden salesiana le conminaba a continuar dando clase en un colegio para niños de clase media y alta granadina. Y aquel joven sacerdote entusiasta no quería limitarse a impartir docencia en una escuela. Con una claridad creciente, veía como Dios le pedía vivir para ayudar a los huérfanos o desamparados con los que se había ido topando, como hubiera hecho san Juan Bosco. Pero aquel deseo de entregarse a la infancia más pobre no iba a ser un trámite sencillo.

—Los salesianos debemos centrarnos en trabajar con la niñez desamparada, como hizo nuestro fundador san Juan Bosco —propuso Favretto en Panamá.

—Mira, Rafael, aquí la *mies es mucha y las manos pocas*. Hay demasiado trabajo como para abrir otro frente —le repuso su superior.

—Pero mi vocación es la de cuidar a los niños pobres...

—Si sabes hacer algo mejor que esto, vete con los niños y los jóvenes que te sigan. Vuelve a Italia. Marcha a Roma si esta es tu elección y que allí decidan cuál debe ser tu camino.

Tras un año en Granada, se despidió de sus chavalos más próximos y partió hacia Roma.

—Padre Rafael... yo quiero seguirle —le dijo el primero de ellos, Pedro Motelli.

—Pedro, volveré y entonces podrás venir conmigo a cuidar de otros chavalos —se despidió alborotándole el pelo.

Pero en Roma su propuesta no tuvo mejor fortuna.

—Padre —dijo a su superior—, mi deseo y vocación es la de abrir oratorios para huérfanos en Nicaragua.

—Si te dedicas a los niños pobres, debes dejar la congregación salesiana. Ahora no nos es posible empezar otro frente en Nicaragua, Rafael...

—Yo seguiré siendo salesiano de corazón toda la vida... —respondió con gran paz de corazón.

—Entonces que Dios te acompañe...

El permiso de sus superiores para abrir oratorios como salesiano nunca llegó, de modo que Favretto solicitó regresar a Nicaragua como sacerdote diocesano para poder cumplir con su misión. Y a los pocos días de ser aprobada su solicitud, Rafael regresaba como dijeron de él, “con el espíritu lleno de Amor y con muchas ideas para formar a los jóvenes”. El ahora padre Fabretto, pues *nicaragüizó* su nombre de pila, según cuentan algunos de los primeros jóvenes que le iban a seguir, para distinguirse de otra familia también apellidada Favretto de Masaya<sup>3</sup>, embarcó de nuevo, con la certeza de que, en su nueva soledad, iba mejor acompañado que nunca, sin saber todavía cuál podría ser su destino y por dónde empezar la labor que parecía desbordarle el corazón.

Fabretto regresaba a un país, esta vez sin la protección de su orden, en el que si alguien sufría de verdad eran los pobres, que constituía la mayoría del país, campesinos sometidos a sobrevivir de la tierra, y de entre ellos los niños huérfanos o las familias más miserables que se veían obligados a robar para subsistir.

En el aeropuerto la prensa anunciaba la muerte del presidente Víctor Manuel Román y Reyes en un hospital de Filadelfia, Estados Unidos. Su sobrino y mentor, Anastasio Somoza García, regresaba a la presidencia del país tras dejarla tres años en manos de su hombre de confianza. Aca-

---

<sup>3</sup> AMALIA DEL CID (2009), *Fabretto: La huella de un santo*, ediciones COTUPROMA, Managua.

baba de ser “elegido” de nuevo presidente para un período de seis años por el congreso tras un reparto del poder con la oposición del partido conservador. A nadie le extrañó. No lo dijeron los periódicos, pero su ascenso al poder se consumó en secreto en el “Pacto de los generales”. Dicho pacto permitía al dictador reelegirse en las elecciones del 21 de mayo del mismo año, el Partido Conservador en la oposición mantendría un número predeterminado de diputados en el Congreso Nacional y para ambos partidos se derogaba la prohibición de que familiares del presidente y diputados pudieran ocupar cargos electos en el Congreso. Con la excusa de darle oficio a su hijo Luis, y que no anduviera torcido, le nombraba presidente del Congreso, y sucesor suyo en caso de fallecimiento. Había empezado una saga.

En la tranquilidad que le había dado tener a un presidente títere en su lugar, el dictador aprovechó para hacerse construir una fortaleza dentro del palacio presidencial, ocupar la ciudad de Managua con su Guardia Nacional, cerrar la universidad, imponer el estado de excepción y prepararse para su regreso al poder.

—¡Padre Fabretto! —gritó una voz femenina al verle aterrizar de nuevo en Managua—, hay alguien que quiere verle...

---

## 1951: León

Monseñor Isidro Augusto Oviedo y Reyes era el obispo de la diócesis de León, que para aquel entonces abarcaba no solamente el departamento del mismo nombre, sino todo el norte del país. Y había mandado llamar al padre Fabretto.

León, como Granada, tampoco era simplemente una ciudad colonial. Santiago de los Caballeros de León, ciudad de líneas castellanas, era la sede intelectual de Nicaragua y eterna rival de la Granada de curvas moriscas, en cuanto a iglesias, calles coloniales, volcanes, lagos y pasado. Si Granada era el puerto del lago Cocibolca, al que ahora llaman lago Nicaragua, León Viejo era el puerto a orillas del lago Xolotlán, ahora Managua. Si Granada respiraba aliviada cada mañana a los pies del colosal Mombacho, León comenzó haciéndolo a los pies del Momotombo. Pero con peor fortuna, pues en 1610 el terremoto y su posterior explosión obligaron a alejar la primera ciudad colonial a unos treinta kilómetros, donde los volcanes de la cordillera de los Marimbos les permitieran vivir con más reposo. Y si Granada tenía a bien ser el inicio del imperio español en Nicaragua, León fue su capital durante el final. Un imperio del que Nicaragua, junto con Honduras, Belice, Chiapas, El Salvador y Costa Rica, se constituyeron como provincias de la Capitanía General de Guatemala, cuya capital, la Antigua Ciudad de Santiago de los Caballeros, en las laderas del que sería bautizado como el “Volcán del Agua” en Guatemala, también dio su bienvenida a los conquis-

tadores a su manera: explosiva, imprevista, centroamericana. A la noche siguiente de que la *sin ventura* viuda del conquistador Pedro Alvarado, doña Beatriz de la Cueva, aceptara en ausencia de su marido el cargo de gobernadora de la capitanía centroamericana, el volcán decidió llevársela. Y en la noche del 10 de septiembre de 1541, a consecuencia de un sismo interior, el cráter del Hunahpú liberó el agua estancada cubriendo de aguas y lodos la ciudad, y acabando con la vida de la recién nombrada gobernadora, la de sus damas de honor y la de su hija en su capilla doméstica.

Bajo la tutela de la capitanía general de Guatemala, León fue capital de la gobernación de Nicaragua desde el siglo XVIII gracias a su posición privilegiada. Estaba cerca de El Realejo, el puerto principal del Pacífico en el que se construyeron gran parte de los galeones que unieron la vía filipina, es decir, Manila con Acapulco, constituyendo la principal puerta del comercio de esclavos para los territorios del Pacífico de Perú a Acapulco, y la de los metales preciosos, el oro hacia España y la plata hacia la China. Y fue allí donde, tras recibir el *Acta de Independencia de España* en 1821, procedente de Guatemala, se firmó el *Acta de los Nublados* ratificándola en nombre de Nicaragua. Una independencia centroamericana que no tardaría en convertirse en una separación de Guatemala, cuando en 1838 Nicaragua declaraba su independencia de la federación de estados centroamericanos y comenzaba su andadura soberana. Una andadura marcada por el caos político y social que imponía la rivalidad de leoneses y granadinos, y que, si en un principio atrajo el interés de las repúblicas vecinas propiciando la invasión y saqueo de León por parte de tropas salvadoreñas y hondureñas en 1844, no tardaría mucho de nuevo en atraer las ansias de dos gigantes mucho más poderosos...

—Me alegro de que haya vuelto con nosotros, padre Rafael.

—Su eminencia, mi deseo es trabajar con la infancia más necesitada.

—¡Ummm!... en ese caso aquí no le va a faltar tarea —le respondió el obispo—. Si le parece, ahora que está libre de compromisos querría pedirle que empezara trabajando aquí en León como párroco de la parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe.

—¿Llevar una parroquia? —replicó el padre Fabretto— No es lo que yo me imaginaba.

—Venga conmigo, yo se la enseñaré, le gustará.



D. Isidro salió del Obispado con el joven y perplejo recién nombrado párroco. De camino a la parroquia, Fabretto recordó el sueño que tuvo don Bosco de niño:

Cuando tenía nueve años, tuve un sueño... ¡Este sueño me acompañó a lo largo de toda mi vida! Me pareció estar en un lugar cerca de mi casa, era como un gran patio de juego de la escuela. Había muchos muchachos, algunos de ellos decían malas palabras. Yo me lancé hacia ellos golpeándoles con mis puños. Fue entonces cuando apareció un Personaje que me dijo: “No con puños, sino con *amabilidad*, vencerás a estos muchachos”. Yo tenía solo nueve años. ¿Quién me estaba pidiendo hacer algo imposible? Él me respondió: “*Yo soy el Hijo de Aquella a quien tu madre te enseñó a saludar tres veces al día. Mi Nombre pregúntaselo a mi Madre*”. De repente apareció una Mujer de majestuosa presencia. Yo estaba confundido. Él me llevó hacia ella y me tomó de la mano. Me di cuenta de que todos los niños habían desaparecido y en su lugar vi todo tipo de animales: perros, gatos, osos, lobos... Ella me dijo: “*Hazte humilde, fuerte y robusto... y lo que tú ves que sucede a estos animales, tú lo tendrás que hacer con mis hijos*”. Miré alrededor y vi que los animales salvajes se habían convertido en mansos corderos... Yo no entendí nada... y pregunté a la Señora que me lo explicara... Ella me dijo: “*A su tiempo lo comprenderás todo*”<sup>4</sup>.

Unas voces infantiles salieron de detrás de las rejas de un edificio de paredes desconchadas...

—¿Quién grita tras esos muros? —le preguntó a don Isidro. El obispo le miró de reojo con inmensa pena en sus ojos.

—Es el reformatorio de León. Si hay un lugar en esta ciudad donde la miseria, el hambre y el sufrimiento se obstinan más con los chavalos es este. Aquí los niños pueden ser encarcelados desde los doce años.

—¿Y la parroquia está cerca de este reformatorio? —preguntó.

—Aquí no más...

Al padre Fabretto se le iluminó la cara. Si había algún lugar por el que comenzar su misión era aquél. Había chavalos, como los llamaba el

---

<sup>4</sup> RINALDI, PETER, M. (1978): *Man with A Dream: The Story of St. John Bosco*. New Rochelle, Nueva York: Don Bosco Publications. p. 1. ISBN 978-0-89944-035-4.

Padre, pequeños y grandes. Y entre ellos los había dóciles y otros que no eran siempre fáciles como iba a ir descubriendo. Su vida había sido dura hasta extremos insospechables, y muchos podían haber cometido también graves delitos...

\* \* \*

El “cuarto de costura” constituía la entrada a los sótanos del palacio de La Loma. Y como tal, guardaba una arquitectura cuidada con techos abovedados y pequeños respiraderos. Sin embargo, no quedaba ya máquina de coser u ovillo alguno que utilizaran las costureras. Quedaba tan solo la inscripción en una pequeña etiqueta junto a la puerta, tras la cual se percibía un olor nauseabundo. Entrando se hallaba la mesa de costura donde a comienzos de siglo probablemente se tejieron velos de novias, trajes para las recepciones oficiales de la primera dama o uniformes de gala para el presidente. Pero sobre ella tan solo descansaba, cuidadosamente ordenada, una batería de instrumentos de tortura. Y tras la mesa, un pequeño cuarto de baño donde estaba instalado un foco eléctrico. Allí, sentados en una banqueta de madera y rodeados de paredes estrechas, pasaban los torturados su primera prueba. Veinticuatro horas frente a una potente, caliente y quemante luz blanca colocada a escasos diez centímetros de los ojos. Era el comienzo de un recorrido guiado por el sargento Tomas Lacayo, en el que el “cuarto de costura” no era el único eufemismo. Tras él se encontraban “el jardín de los leones”, donde, eran encerrados en celdas contiguas prisioneros y felinos, si no en la misma; más allá se hallaba “el pozo”, donde sumergían a los reos hasta ahogarlos, “la chiquita”, una celda horizontal y estrecha como una verdadera tumba...<sup>5</sup>. Y después llegaban los golpes, los estiramientos hasta distender las fibras de los músculos. Y sobre todo el pánico, de ver como aquellos sicarios de la Guardia Nacional presentían estar cerca del disfrute íntimo que sentirían al oír el crujir de los huesos de sus enemigos.

—¡Atención!... ¡Fir...mes! —gritó el sargento Gonzalo Lacayo soltando un sacamuelas al ver entrar al presidente.

Los soldados de la Guardia Nacional se cuadraron a la voz de su jefe. Tras el presidente Anastasio Somoza García, entró su hijo, el flaman-

---

<sup>5</sup> CHAMORRO CARDENAL, PEDRO JOAQUÍN (1957), *Estirpe Sangrienta: Los Somoza*. Editorial Patria y Libertad. Managua.

Una historia de amor excepcional, la “revolución de la ternura” del padre Fabretto y los miles de niños que acogió y educó. Este libro relata su vida entrelazada con la historia de la revolución sandinista en Nicaragua, y es un claro testimonio del camino a seguir para que ningún país vuelva a sufrir un enfrentamiento fratricida. Su historia es un testimonio de esperanza. Hoy como ayer Dios camina con los más pobres, y no se olvida de Nicaragua.

*María Angeles Martín, directora de la Catedra  
Laudato Si y profesora de la URJC.*

Este libro constituye un conmovedor testimonio de una obra de amor, la obra emprendida por el sacerdote y misionero de origen italiano, Rafael María Fabretto quien fundó en la Nicaragua de inicios de los años cincuenta del siglo pasado, el oratorio festivo Don Bosco, en la ciudad de Somoto dedicado al cuidado y la protección de niños desamparados. El autor entrelaza la narrativa de manera magistral con la historia política de Nicaragua. Al igual que el colorido mural del que nos habla el autor y que recoge el sentir del pueblo de Cusmapa en el que se lee “Padre Fabretto, nunca te olvidaremos”, aquel que lea esta obra, tampoco la olvidará.

*Laura Chinchilla, ex - presidenta de Costa Rica.*